



DE LA VIDA A LA MUERTE O EL DESPERTAR DE LA COMPLEJIDAD CON EDGAR MORIN

Dr. Bernardo A. Castro Sáez

Señalar, la contribución que ha logrado realizar Edgar Morin, al proceso intelectual en este último tiempo en la sociedad contemporánea, es un desafío enorme e impensado de abordarlo en estas diminutas páginas metafóricas. El sentido de dicha construcción, sobrepasa mis fuerzas intelectuales y mis deseos terrenales. Sin embargo, trataré de describir desde mi perspectiva personal, lo que ha significado el pensamiento complejo de Edgar Morin, en el proceso de desarrollo de mi labor profesional como educador o de reflexión como ser humano.

La primera cuestión que se manifiesta patente antes mis ojos es la necesidad de darme cuenta de que para lograr el cambio de pensar desde lo simple a lo complejo, no sólo conlleva transformar la acción propia de mi condición humana como ser en praxis y actuante en la sociedad, sino que, además conlleva, la necesidad de abandonar lo que soy para no ser lo que soy en estos momento en que mi ser se difumina y desaparece en este cambio. Es decir, divagar del ser al no-ser de ese ser; pero que, sin embargo, posibilita en mi ser, la capacidad de sobrepasar el ser que soy, para llegar al ser que no soy, en cuanto a la necesidad de superar el proceso de transformación que significa darme cuenta que lo que soy constitutivamente como ser humano, es una red compleja de células y neuronas que van constituyendo mi corpus material orgánico en relación con mis sueños, acciones, tradiciones, historia, cultura, biología y cosmos.

Este pequeño pero profundo darse-cuenta, permite pasar de la finitud de lo simple a la infinitud de lo complejo. Pero este transitar, necesariamente, requiere el tránsito de la vida a la muerte. De esta forma, la muerte, surge como el ente liberador de la opresión de la vida racional en la cual nos hemos ido construyendo en este difuso caminar intelectual. Y no pensar en la muerte como un proceso de destrucción no creativa que elimina todo vestigio de la vida sin un retorno, desde esta perspectiva, la resurrección (o la reencarnación) no tendría sentido en las religiones o en las diversas culturas. No se piense otra cosa que la posibilidad de lo imposible dentro de lo que significa la incertidumbre en la creación del ser. La coexistencia del día y la noche, al menos en nuestra experiencia (pues, podemos pensar que en otra circunstancia esto no tendría sentido si en vez del sol, tuviésemos a “Antares”, una estrella con mucho más volumen que nuestro sol y la 15ava estrella más brillante en el cielo, está a más de 100 años luz. En esta circunstancia sólo tendríamos el día y no tendríamos, poetas que le escribieran a



la noche y a las estrellas; suponiendo que la tierra pudiese aclimatarse y soportar las altas temperaturas), la ausencia y presencia de luz, el bien y el mal, la guerra y la paz, amor y odio, etc., las diferentes dualidades que coexisten en la naturaleza, nos permiten entender en que los opuesto esta el germen de toda la creación. El orden y el caos son uno en la génesis de la vida.

Así, como en su oportunidad, lo hizo Prometeo, quien llevó la luz a los mortales; Edgar Morin, trajo el asombro de la complejidad a las almas sedientes de conocimiento, puso a los pies de los mortales, la inmortalidad y la comprensión de lo nuevo. Bajó el telón al reduccionismo y amplió los horizontes de nuestra existencia. A nuestros ojos, en el inicio de los tiempos, la infinitud del universo expandido se hizo inmenso, aunque la luz, cegó a los que no se encontraban preparados para salir de la caverna. El paradigma de la complejidad, se interpuso a la visión cartesiana y la medida de las cosas se transformó en la medida de lo posible, en la pérdida de la certidumbre.

Esta nueva forma de pensar de Edgar Morin, contribuye, además, a superar viejos esquemas que imposibilitaban avanzar en la comprensión de la naturaleza y su relación con el ser. Pero, sin embargo, contribuyó al surgimiento de una nueva ignorancia: *la ignorancia compleja*.

La ignorancia compleja, nos permite darnos cuenta del límite, de las fronteras de nuestro pensar, en la medida que nuestro pensar aún en transformación de los simple a lo complejo, se da cuenta que lo que observa y experimenta, deviene de los fantasma de la realidad, de las difusas imágenes que nuestros sentidos captan (sentidos en cuanto sólo son en función de nuestra corporeidad menos sentida). La ignorancia compleja, es el primer fenómeno que da cuenta de nuestra incapacidad de abordar al ser, desde el reduccionismo cartesiano; pero, nos permite razonar y decir, que lo que observo no puedo medirlo ni cuantificarlo, sino que sentirlo, cualificarlo, comprenderlo y relacionarme con él. Aún más, que al relacionarme con él, lo afecto y me afecta, y lo que haga, es responsabilidad mía como ser que conoce al ser. Por lo tanto, el destino de mi futuro está en la relación que tengo como ser con el ser del mundo, en cuanto yo soy también el mundo.

La complejidad es lo incomprendible de lo posible que nos ocurre diariamente en nuestro existir, pero que no sabemos como explicarlo.

El devenir, es parte de la complejidad. La sentencia de Heráclito señala que, es imposible bañarse dos veces en el mismo río, porque este cambia continuamente; así, también, es imposible pensar dos veces con la misma simplicidad porque esta desaparece constantemente en la complejidad. Sin embargo, quien lo hace se ahoga en la maraña de eventos reducidos que impiden ver lo esencial de los fenómenos que surgen en la realidad. Entonces, ¿cómo puedo llegar a la realidad, si todas las herramientas que poseo desde mi



concepción lineal y racional reduccionista, impiden ver justamente la realidad? He aquí, el develamiento de la muerte como motor de una nueva visión: la necesidad de morir para vivir. La resurrección mental, parto doloroso en la vida del ser, surge como alternativa posible de lo imposible. El caos forma parte de la sinapsis vida-muerte-vida. La trilogía infinita de procesos interminables de transformación del ser.

Edgar Morin, manifiesta que el paradigma de la simplicidad, lo constituye, la disyunción, reducción y abstracción. Desde esta perspectiva, el ser, ante lo eminente, se esfuerza por no separar lo que se separa y que permite la reducción de la verdad y la abstracción de los fantasmas que surgen de este proceso. Serían, imágenes difusas que enturbian la claridad como una tempestad en un día claro de Sol.

La paradoja del río, señalado por Heráclito, determina la imposibilidad de bañarse dos veces en el mismo río, nos hace pensar en la inexistencia de la inmutabilidad del ser. Sin embargo, siento que el ser al igual que el río, es un devenir constante, un flujo de eventos pasados, presente y futuro, cuya coexistencia se da en el presente continuo de ese existir en el devenir y que además, somos parte de él. Somos en consecuencia, movimiento permanente. Entonces, todo en mí fluye, mi sangre, la vitalidad de mi ser, mis células, mi pensamiento, mi historia, todo deviene desde el momento en que estoy en contacto con la vida y con la posibilidad de la muerte permanente (cambio continuo). Vida y muerte, muerte y vida, en el fondo es el cara y sello del cosmos. La constitución de un momento en que el ser es y deja de ser al mismo instante. Esta condición de vida, permite construir una historia, basada en la construcción-destrucción, organización-desorganización, conceptos dialécticos que se entrelazan para construir el tiempo y el espacio de lo que soy. En consecuencia, soy en cuanto espacio y tiempo conciente: Un ser en el Universo.

Sin embargo, como ser humano en y con el universo, me constituyo en relación a los otros y lo que nos constituye como ser humano, nos permite ser en sociedad. He aquí, la complejidad se vuelve en hipercomplejidad. No sólo, lo que constituye mi ser en relación a la unidad de mi ser y el universo; sino que además, en relación al otro que también está en relación a su unidad y su universo. La relación de las relaciones, lo que Niklas Luhmann, quiso simplificar en su reducción de la complejidad en cuanto que somos comunicación, es decir, relación de relaciones comunicativas por excelencia o lo que señalaba Maturana, una estructura autopoietica capaz de crear relaciones a partir de sus propias relaciones constitutivas, la esencia de la biología del amor.

Edgar Morin, visionariamente, estructura un razonamiento que da sentido a la complejidad que se iba manifestando en relación a la realidad. Lo que observo en cuanto observo, no es lo que observo; sino la manifestación de la realidad en cuanto relación estructural de acoplamientos estructurales en el dialogo de lo que



observo. Y lo que observo es: la red compleja de todo cuanto existe en relación a lo que soy.

Pues, bien, que pasa entonces desde mi actuar y la educación.

La organización de la educación, está basada en el paradigma de la simplicidad. Su estructura de relaciones se basa en la linealidad de sus acciones y reduccionista en sus interpretaciones. Mientras nos preocupamos de los contenidos que debieran ser comunicados, nos olvidamos de lo verdaderamente constitutivo: El ser. Y como ser complejo, se ha tenido que aprender a nadar como ser no complejo, reduciendo y simplificando mi condición misma de lo que soy, para transformarnos en lo que no-soy constitutivamente. Y mientras lucho por ser lo que no soy, mi ser, el verdadero ser, es amarrado con camisas de fuerzas mentales o como señalaba en alguna oportunidad Sartre, arrojado al mundo con su angustia. Este flagelado ser, lucha por salir, por desatarse de los prejuicios que han debilitado con sus nudos reduccionista su fuerza vital. ¿Y qué comunico como prisionero mental? ¿Qué aprendizaje construyo con los otros? Necesariamente un ser prisionero comunica sus ansias de libertad, su cansancio, sus enfermedades mentales, la necesidad de que lo salven. El educando recibe la información enferma y se autoconstruye con esa información. Despliega sus conocimientos en la construcción de lo que no es y desarrolla toda una estructura racionalista para defender esa construcción de lo que no es. El ser se evapora en el no ser, lo externo pasa a ser lo relevantes, lo significativo y el ser se olvida en los fantasmas de la realidad.

Por lo tanto, nos preocupamos más de lo que comunicamos y no de quienes se comunican. Estamos preocupados de la relación que se produce entre enseñanza-aprendizajes y no de quienes enseñan y de quienes aprenden. Estamos preocupados de preocuparnos más que de ocuparnos.

Edgar Morin con la complejidad, trata de que se genere las herramientas necesarias para que el ser se encuentre consigo mismo y revele lo esencial de su constitución en relación con el cosmos. Su destrucción es al mismo tiempo, la destrucción del cosmos. La estructura educativa con sus andamiajes teóricos y funciones labradas a partir de los contenidos, a posibilitado esta edificación artificial y débil. Lo constitutivo del ser es el ser, no lo que lo adorna, porque lo que lo adorna, no está satisfaciendo la necesidad de lo que es. Construimos aprendizajes sin tomar en cuenta las necesidades del educando, sino los objetivos diseñados para cumplir con nuestra tarea de educador. El sistema, se alimenta de lo que al sistema le interesa como alimento; sin tomar en cuenta, que sus intereses no necesariamente están en coherencia con los intereses de sus integrantes, ejemplos podrán ser encontrados en todo el sistema, si se observa en profundidad, sin prejuicios ni juicios.



Navegar en el río de las complejidades de Morin, es dejarse llevar por el cosmos y entender como Siddartha que; el devenir, el fluir del río es el mismo fluir cósmico que llevamos al interior del ser. Somos parte de la compleja red de relaciones que constituye el universo, si posibilitamos su entropía estaríamos posibilitando su destrucción; aunque su destrucción posibilitaría la negentropía, lo cual permitiría con su energía, crear una nueva era; pero, posiblemente sin nosotros. La muerte, generar nuevas transformaciones y permite crear nuevamente la vida y, en consecuencia nuevas muertes con sus respectivas nuevas vidas.

De lo simple a lo complejo, la educación debiera escudriñar en esas infinitas relaciones que dan sentido a ser lo que somos, la trama de la vida y la existencia del ser, no está en describir el ser, sino que estar en relación con él, estar fuera y dentro de él, con nuestras certezas e incertidumbres.

Por ejemplo, si camino por la calle y me encuentro con una lombriz cruzando por donde yo camino, tengo dos posibilidades; la primera, es reflexionar y señalar que, en cualquier instante, en un punto indefinido de su partida o tránsito, se desplaza un sistema vivo (complejo en su simplicidad) hasta un punto indefinido de mi llegada. Mi ser, tiene la capacidad estratégica de evitar y superar nuestro encuentro, y dejar que la lombriz supera la barrera de la calle, llegar al pasto, generar con su energía un agujero donde desaparecería de mis vista, generando espacios mediante conductos donde se filtraría el aire, el agua, el sol; enriqueciendo el entorno y dando vida a todo cuanto le rodea, con la fuerza de sus pliegues y despliegues para avanzar; podría, eventualmente multiplicarse, ser alimento de los peces que dentro de las circunstancias y el azar, ser pescado y servir de alimento para una familia que lo necesita o quizás, sería alimento para un ave y sus polluelos hambrientos, que regulan la generación de roedores que dañan las cosechas y alimentos de los pobladores, produciendo escasez y subiendo el costo de la vida, donde el ingreso familiar sería muy precario para su subsistencia. O tal vez, en segundo lugar, me detendría sin reflexionar ni comprometerme en mi posible relación con mi observar ni en las consecuencias de mi caminar, destruyéndolo bajo mis pies y pensando que no necesito de una lombriz, sino de mi trabajo y que su lentitud al caminar sería el necesario para hacerme llegar tarde, pensando que la puntualidad es más importante que mi aporte.

Las relaciones complejas, determinan y fuerzan a tomar decisiones que posibiliten el flujo relacional de la comunicación, permitiendo la generación de aprendizajes significativos, cuando el foco de las decisiones está puesto en el ser constitutivo de lo que somos como seres humanos.

Edgar Morin, permitió que la complejidad se transforme no en un obstáculo sino en la posibilidad de develar el ser que llevamos todos y que se manifiesta, a fuerza de nuestra tozudez en todo lo que somos y lo que nos rodea.